

**BUEN
LADRÓN**

LXVIII PREMIO DE NOVELA
ATENEO CIUDAD DE VALLADOLID

CHRISTIAN FERNÁNDEZ ALONSO

**BUEN
LADRÓN**



algaida



La novela *Buen ladrón*, de Christian Fernández Alonso, resultó ganadora del LXVIII Premio de Novela Ateneo Ciudad de Valladolid, que fue convocado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid.



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2022

© Christian Fernández Alonso, 2022
© Algaida Editores, 2022
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es



ISBN: 978-84-9189-716-3
Depósito legal: SE. 108-2022
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A ti, un yo mejor.

EN VILLAMURIEL, AL ACABAR LA TARDE, LOS HOMBRES REGRESAN de la faena. La única diversión, más allá de un chato de vino en la tasca, consiste en salir a las eras. Conrado Gusano, un mozo obeso y con el rostro picado por marcas de viruela, juega con un cachorro de perro que apenas ha abierto los ojos. Lo sujeta colgando de la piel del pescuezo y lo zarandea ante un grupo de campesinos que le rodea. El animalito mueve las patas al aire y emite unos gemidos apenas audibles entre los movimientos bruscos que provocan las risotadas de los campesinos. Un niño se acerca.

—Qué bonito, ¿de qué raza es?

—De la tuya —responde Conrado Gusano.

Acto seguido arroja al cachorro por los aires, que golpea contra una trilla y cae desmadejado a unos metros. El niño, aturdido, corre hacia el animal y, con la respiración entrecortada, lo coloca sobre su pecho intentando en vano reanimarlo. Los mozos van hacia él y le rodean.

—¡Eh, tú, pispajo! ¿A dónde crees que vas? —le grita el mataperros—. Deja a esa mierda de bicho donde está.

—¡Déjame, es mío! Y voy a enterrarlo —replica el niño.

—¿Tuyo? Mira nada más el imbécil este... Seguro que es otro mierdoso de Calabazanos ¡Aquí no hay nada tuyo ni lo va a haber nunca! ¡Largo!

Conrado Gusano le arranca el animalito muerto de las manos y vuelve a lanzarlo lejos.

—¡Largo he dicho! ¡Vete a llorarle a la pécora de tu madre!

El niño cierra la mano, aún cálida por el último latido del cachorro, y lanza un puñetazo al vientre abultado del mozo. Mientras se tambalea, los campesinos se le echan encima y comienzan a patearlo, a escupirle, a removerlo sobre la tierra cuarteada. El niño soporta los golpes y esputos hecho un ovillo en el suelo. Conrado Gusano, envalentonado, les hace una señal.

—Que dice el perro que *tié* sed...

Los mozos se aflojan el refajo y comienzan a orinar sobre el cuerpo del niño. Una lluvia ocre y ácida. Conrado Gusano tiene dieciocho años y Fermín Aguilar apenas siete.

*

FERMÍN TUVO EN SU VIDA UNA SOLA NOVIA Y COMPAÑERA. NUNCA se casaron, pues ambos creían que no había juez ni ley que dictara sobre el amor, ni sobre hombre sobre hembra en el lecho. Él tenía veintitrés y ella era apenas una adolescente, una espigadora de largos cabellos celtas y piel blanca con una constelación de pecas y lunares. Ella bebía los vientos por aquel hombre de fuerte olor a tierra, curtido a la solana, de muy mediana estatura y nada apuesto, pero de bellas palabras y más hermosos sueños. Él la amó con la misma pasión con la que hacía todo, sin límite ni temor a ninguna consecuencia. Debíó de prometerle el cielo o bajarle algún cuarto creciente

de la luna, decirle que sus pechos sabían a espliego o que estaba dispuesto a pelear por una fugaz única naciente entre todo el firmamento y ponérsela en el pelo. La joven le creyó y lo amó sin pausa ni medida. Lloró sola muchas noches cuando él se ausentaba sin dar explicaciones. Sin cuestionarle jamás ni exigir nada más allá de una cama, un fuego de ramillas y tocarse cada noche hasta agotar el tacto. Ya se encargaría ella de que no le faltase mesa ni camisa ni cómplice. Aunque volviese agotada de recoger las espigas caídas en los surcos. Ni cuando estuvo por fin embarazada, ladeándose y resoplando al caminar, y haciendo, sin perder la sonrisa, todas las labores de la casa con aquel enorme nido abultando su cuerpo de cañamo.

Como todo en su vida, los momentos, buenos y malos, fueron breves. Intensos hasta el éxtasis y dolorosos hasta el aniquilamiento. Entre sábanas de sangre, las caderas estrechas se le rompieron al dar a luz al hijo, y a Fermín se le quebró el corazón. La enterraron sin lápida ni responso en la fosa común, en un rincón del cementerio que no se consideraba camposanto, donde se echaban los abortos, los miembros amputados, a los ateos y a los suicidas. Apenas acudieron a esa última despedida media docena de los del pueblo. Cuando los terrones secos empezaron a caer sobre la mortaja anudada, se quitaron la boina, pusieron un gesto circunspecto y se retiraron sin pronunciar palabra. A él le quedó entre los brazos un niño rubio como el oro y una llaga en el alma que pedía nueva esposa: la revolución.

Los primeros días, o semanas, Fermín no soportaba ver al niño. Era un intruso, un cruel desconocido. Le robaba el sueño y las ganas. Hubiera querido más que nada que aquello no hubiera pasado. La abuela se había encargado del pequeño, de cambiarlo, alimentarlo y consolar su llanto desde que sepulta-

ron a la difunta. Él intentaba ignorarlo hasta que su madre lo confrontó.

—Muy sietemachos tú, ¿no? Muy anarquista y muy desgobiernos ¡Pues a ver de qué madera estás hecho y de qué te ha parido madre!

Se lo arrojó en los brazos, cuidando solo de sujetarle la cabeza. Fermín lo sostuvo con torpeza; estaba con el torso descubierto. El recién nacido le agarró con inusitada fuerza el vello del pecho e intentó succionarle la tetilla. Olía a setas brotadas de la lluvia y a henar después de una tormenta.

—Calma, tú, ansioso, que no te va a faltar de nada. Que mato yo por ti si hace falta.

Se tendió sobre la cama y le venció el sueño con el niño sobre el pecho. En la bruma del agotamiento no tuvo conciencia clara de si los corazones se tocaban o si el hijo volvía a entrar en su cuerpo como en un alumbramiento a la inversa. Pero desde ese momento supo que los unía algo tan poderoso como la misma fuerza de creación del universo. Y que ya no tenía el más mínimo temor a la muerte porque alguien más y mejor continuaría detrás de él.

La sensación de plenitud duró tal vez un par de horas que a Fermín se le hicieron minutos contados. El bebé empezó a llorar con un timbre que lo aturdía.

—Hay que buscarle un ama de cría, hijo, este quiere teta. Ni te creas que se va a conformar con leche de cabra, ya le está dando diarrea.

—Pero madre, ¿y ahora qué hago yo?

—La Honoria está recién parida, está gorda y tiene buenas ubres. Una para su cría y la otra para este, que se ve que viene al mundo con ganas.

—Y qué le pago yo a la Honoria si no tengo dónde caerme muerto...

—Tú déjame a mí, que también es este sangre de mi sangre. Y si hay que sacar, se saca de donde no hay. Que ya le sé yo dos o tres cosas a la Honoria como para que ponga una teta y no rechiste. Y tú a lo tuyo, al campo a ganar el jornal y a dejarse de idioteces, que para eso eres padre y comerás dos huevos. Y vete pensando un nombre que ponerle, que no va a estar la criatura como un animalillo.

—Dimas se va a llamar, madre, ya se lo teníamos pensado.

—¿Dimas? ¿Y eso a cuento de qué?

—A cuento de que leí una vez que ese nombre significa «el compañero» y este va a ser mi compañero de ahora en adelante —dijo Fermín sujetando orgulloso al rubio y delgaducho bebé.

—Tú y tus lecturas, mira nada más en todos los líos en que nos has metido con tanto pájaro en la cabeza que traes. Más te valdría irte a la siega, cerrar la boca y alejarte de esas compañías que no te van a traer nada bueno.

—Segar es de esclavos, madre. Aguánteme aquí al compañero —dijo entregándole al niño—, que ya verá como sé yo bien ganarme el sustento.

El problema fue mayúsculo cuando Fermín, viudo en la vida real, pero sin documento alguno, pretendió inscribirlo en el Registro Civil sin que el niño estuviese bautizado, ya que se había negado en rotundo a que ningún cura le pusiese la mano encima y mucho menos lo rociase con agua bendita. Al final, aprovechando una de las largas ausencias de Fermín, el párroco se avino a los persistentes ruegos de la abuela y, con tal de quitársela de encima, se embolsó la limosna en la sotana y en secreto lo hizo cristiano y le extendió la partida de bautismo. Ella la llevó al Registro Civil y, tras soltarle al funcionario una

propina que acabó con sus exiguos ahorros, logró salir victoriosa con el acta de nacimiento de Dimas, escondiendo los papeles con sumo cuidado hasta que llegase el momento de necesitarlos.

El niño iba creciendo al cuidado de la abuela y alimentado por la Honoria hasta que al cumplir cinco años lo destetó frotándose ajo en el pezón, alegando que eso ya no era un crío sino un mastuerzo que la iba a dejar seca y que la deuda de silencio, si es que hay adeudo que pueda durar tanto, estaba ya más que saldada. La abuela comenzó en casa la instrucción básica de Dimas y cuando entró a la escuela, era con mucho el más adelantado de todos los zagales.

No había mayor felicidad para él que estar con su padre, pero eran pocas las oportunidades que tenía de verlo. Cuando Fermín no estaba dejándose la espalda y el orgullo en la siega, trabajaba de dolero cuidando apriscos durante meses en los páramos. A decir de los pastores, no había cárcel ni horca peor que pasar tanto tiempo en aquellos eriales sin ver a nadie, sin hablar con nadie. Y cuando regresaba, comido por la desesperación del paro, andaba siempre metido en revueltas, mítines y huelgas. Era huésped habitual del cuartelillo, casi siempre perseguido por alguna deuda política que algún aparcerero intentaba cobrarse con el pretexto de una labor no hecha a plena satisfacción, o por su exceso de carácter y montar la bronca a la primera de cambio. En muchas ocasiones los capataces de los patronos acercaban el camión, subían a media docena de jornaleros y a él, pese a ser más joven y fuerte, lo dejaban en tierra. Nadie quería problemas y Fermín tenía tatuado en la frente el signo del conflicto. Y cuanto más rechazo, pobreza y hambre sufría, más dura se hacía su postura ácrata en contra de todo lo que representase poder y autoridad. Si aquel coraje contra el mundo se hubiera aplicado a un solo arado, las tie-

rras de Castilla se hubiesen labrado solas durante años y las cosechas hubieran reventado los campos. Pero el destino tenía para él líneas escritas que no rimaban en verso.

Andaba Dimas por los siete cuando Fermín decidió que ya tenía edad suficiente para acompañarlo a cazar. El niño no perdía detalle cuando él limpiaba la escopeta y recargaba con fulminante, pólvora negra y perdigones los cartuchos disparados por otros cazadores que recogía del campo. No podía darse el lujo de comprar cartuchos nuevos y, como le explicaba, un verdadero cazador tiene que ser capaz de valerse por sí solo.

—Mira, estos de sal son para salir a perdiz y el de perdi-gón del dieciséis es para ir a liebre y conejo, que es mejor no herir mucho al animal y que lo remate el perro y te lo traiga.

—Pues a ver si es verdad que matas un conejo o algo con más sustancia para echarle a las patatas —dijo enfadada la abuela.

Fermín hizo como que no había oído.

—¿Y los rojos? —preguntaba Dimas embelesado.

—Estos son del doce, de posta lobera —decía Fermín dándoles vueltas con los dedos y haciendo ver que eran más pesados—, para jabalí y venado, aunque no verás mucho por aquí. Esto está más muerto que el desierto del Gobi. Y cuidado no vayas a tirarle un día por error a un cerdo o a una cabra y nos busques la ruina.

Se hacía una gran pausa mientras metía el fulminante, vaciaba una medida de pólvora con un cucurucho de periódico sobre la boca del pequeño cilindro puesto en pie, añadía una cucharada de perdi-gón de un bote de cristal, ponía encima un recorte redondo de cartón y le daba golpecitos suaves con un martillo de zapatero para prensarlo mientras hacía gi-

rar el cartucho. Después, tomaba la vela y dejaba escurrir encima unas gotas para sellarlo, no sin antes advertir al niño de lo peligrosísimo de la operación, en la que más de uno había perdido los dedos o se había quedado ciego por un despiste.

—¿Y cuándo me llevará con usted? —preguntaba Dimas.

—Cuando crezcas. —Era la respuesta que tuvo que escuchar durante un tiempo que le parecieron mil años.

Cuando terminaba la laboriosa recarga de cartuchos, Fermín hacía una bola apretada con el papel del periódico, en el que quedaban leves restos de pólvora, y se la tendía a Dimas. Con el fuelle, el chico levantaba un poco de llama de las brasas de la chimenea y cuando crecían un poco arrojaba la bola de papel. Las llamas la incendiaban con rapidez y, unos segundos después, un flamazo de color amarillo deslumbrante la hacía explotar con ruido de petardo y provocaba una nubecilla de humo denso. La abuela ponía el grito en el cielo mientras padre e hijo hacían sonidos de guerra de indio de las praderas tapándose y destapándose la boca con la mano. Eran momentos felices que Dimas recordaría por siempre.

Su padre le permitía mirar por el doble cañón apuntando al cielo y ver el alma estriada del arma. Aprendió que nunca, bajo ninguna circunstancia, podía tocar la escopeta si Fermín no estaba con él, por la simple razón de que las armas las carga el diablo, lo que cuando era más pequeño lo dejaba confundido después de haber estado rellenando cartuchos con él tardes enteras.

—A ver, venga acá que le enseñe a llevarla, compañero —le dijo un día poniéndosela abierta sobre el hombro. Dimas se sentía igual que si hubiese ingresado a una academia militar—. El arma se lleva siempre abierta, solo se cierra para dis-

parar y luego se vuelve a abrir, se sacan los cartuchos y se deja otra vez abierta.

A la abuela le parecía que esas enseñanzas no le traerían ningún bien y que Dimas era aún muy pequeño como para andar en esas cosas, pero cualquiera le decía algo a Fermín, empeñado en hacerlo hombre a marchas forzadas. Procuraba disimular haciendo como que preparaba algo en la cocina, ajena a las lecciones. Tampoco hubiera podido frenar la curiosidad y la fascinación que sentía Dimas por ellas.

—Entonces, a ver si lo has entendido. ¿Cómo se lleva el arma?

—Abierta, padre.

—¿Y qué se hace después de disparar?

—Se vuelve a abrir.

—Eso, se sacan los cartuchos con cuidado de no quemarse, se guardan *p'a* después si no están muy percutidos y se queda abierta, que no se te vaya a olvidar eso nunca.

—Nunca, padre... ¿Cuándo me va a llevar con usted? ¡Que ya he crecido!

Fermín lo miró y se dio cuenta de que, efectivamente, Dimas había dado un estirón que lo hacía parecer aún más delgado. Dudó unos momentos y por fin dijo:

—Por setiembre, después de la siega. Pasado San Antolín.

Faltaban aún meses, pero no hubo día que Dimas no preguntase a la abuela cuánto faltaba para el Santo, mirando la escopeta y la cartuchera colgadas a buena altura sobre la pared. Mientras, intentando acortar la espera, aprendió a cazar pajarillos sin armas de fuego; con artes primitivas, pero tan eficaces que pronto le valieron el sobrenombre del Pajarero.

Las semanas y los meses fueron pasando, y también las fiestas del santo patrón de Palencia. Fue avanzando el otoño y la an-

siada partida de caza no se produjo. Ni ese año, ni el siguiente, ni nunca. Fermín aparecía esporádicamente por la casa, traía quizás algún dinero, algo de ropa y un poco de embutido para el invierno. Al llegar le daba siempre un fuerte abrazo, lo llamaba compañero y le contaba alguna historia. Pero al poco tiempo caía en una profunda melancolía que lo sumía en el silencio durante días hasta que volvía a marcharse sin despedirse, siempre de madrugada. Esa vez se llevó consigo la escopeta y la cartuchera. Dimas y la abuela sabían que pasarían meses hasta verlo de regreso, siempre con la incertidumbre y la angustiosa duda de si en verdad volvería.

*

EL PAJARERO LLEVABA SIEMPRE UN TIRACHINAS EN EL BOLSILLO de atrás, pues en honor a su sobrenombre llegó a ser experto en derribar de un chinazo y a gran distancia cualquier tordo que se parase a beber en el arroyo de Valdesanjuán. Cuando juntaba la docena, los iba recogiendo antes de que algún gavilán fuera más rápido, los metía en el zurrón y los vendía en el figón de Dueñas, donde la Asun y sus hijas los desplumaban con agua caliente, los destripaban y los echaban al aceite hirviendo. Se los servían a los viajeros que iban de Valladolid a Palencia, haciendo un alto a medio camino para almorzar pajarito frito a cuatro la peseta con un chato de vino de Cigales. Con lo que sacaba de la caza, le alcanzaba para llevarle algo a la abuela y, a veces, hasta para comprar unos petardos y pastillas de leche de burra en la verbena.

Fue en el mesón donde vio por primera vez el imponente Hispano Suiza negro, al chófer, vestido como general de brigada apoyado contra la rueda de repuesto del rutilante automóvil, y a don Leónides sentado dentro del local, que a la

sazón se estaba tomando un aguardiente y un vasito de agua, ya que primero había pedido un *peppermint frappé* y ni siquiera le habían entendido. El chico recogió del mostrador las cuatro perras gordas que le dieron por los tordos y se quedó observándolo. Al caballero le hizo gracia el desparpajo de aquel chiquillo espigado, de aspecto frágil y nervioso, y en particular su desordenada mata de cabello del color de la mies.

—¡Eh, tú, rubiales! Ven acá. Tienes cara de listo... ¿Quieres ganarte un poco más que eso?

—¿Cuántos tordos quiere? —acertó a preguntar con cierta reserva el Pajarero.

—¿Tordos?... —Sonrió—. No, no busco pájaros precisamente. Pero ven, siéntate aquí. Sin miedo, hombre. Tómate algo conmigo. No es bueno beber solo.

Dimas accedió dudoso, pero se sentó en el borde de uno de los taburetes. No pidió nada. Se limitó a observarlo con detalle y sin decir palabra mientras giraba cada poco la cabeza para ver cómo el chófer pasaba un paño de gamuza al vehículo.

—¿Qué?... ¿Te gusta el coche?

—¡Mucho!

—¿Y no te gustaría dar una vuelta?

—¡Pues claro! —respondió el chico levantando ambas manos y haciendo tambalear el taburete del entusiasmo.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Dimas Aguilar.

—Mire usted, señor Aguilar, ¿o puedo tutearte? Si tú me ayudas con un encargo puedes sacarte una buena propina... y hasta puedo llevarte en el auto de aquí a Villamuriel y de regreso. Pero eso depende de qué tal lo hagas. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce —mintió.

—Dejémoslo en doce, ¿no?... Pero suficientes. Yo a tu edad...

Era la primera vez en su vida en que Dimas veía a un caballero de la villa y corte. En la España todavía negra y feudal de la «dictablanda» del general Dámaso Berenguer y, más aún, en aquella Castilla la Vieja cuarteada y aburrída, un personaje de la capital, bien vestido y con coche propio, lucía más importante a los ojos del niño que el poderoso señor de Onielo con su castillo y sus huestes.

En sus expediciones, le escoltaba el servicial Benigno, un chófer uniformado de húsar *à la parisien*. Mientras el anticuario concretaba sus más que rentables transacciones, él esperaba en alguna de las avenidas de la ciudad donde cuidaba el auto y se daba tiempo de tomar un café, liar un cigarro y contemplar de reojo las piernas de las viandantes locales.

Leónides prefería llegar en persona y sin compañía a los encuentros con sus «marchantes», como él llamaba a los ladronzuelos locales que le prestaban sus servicios. Era un acto que unía a cada hallazgo una dosis de aventura no exenta de riesgo a la que, con el devenir de sus andanzas, se había ido acostumbrando hasta hacerse manifiestamente adicto.

Continuó el encantamiento de serpientes durante unos minutos más mientras veía crecer la chispa en los ojos del muchacho. Había visto ese brillo muchas veces y sabía cómo persuadir el hambre adolescente.

*

EL PAJARERO SE CONVIRTIÓ EN ANTICUARIO EL MISMO DÍA QUE sustrajo de la capilla mayor una talla de la Virgen de la Leche, finamente reesculpida por la carcoma, que era lo que la convertía en antigüedad. Sin darse tiempo para cubrirla bien con el morral de los tordos, la sujetó con un cabo de cuerda de pita

en la parte de atrás de la bicicleta y pedaleó al compás desenfrenado de su pecho por el camino de polvo que salía de Calabazanos y desembocaba en las afueras de Valladolid.

Cuando se cruzó con la pareja de la Guardia Civil al chico casi se le sale el bofe por la boca, pero acertó a apretar dos veces el timbre abollado del manillar y soltar la mano derecha para saludarlos sin perder el equilibrio. Solo uno de los guardias, al que le decían el Chiborra, le devolvió el saludo, y eso únicamente porque lo conocía desde niño. El otro guardia, el Melchor, ni siquiera le prestó atención. La polvareda camufló por completo el bulto que escondía la figura, que a los ojos pueblerinos de un número de la Santa Hermandad bien hubiera podido ser cualquier cosa; desde un cestillo con ciruelas azuladas hasta un saco con un gato cuyo destino fuera ser arrojado a las aguas turbias del Carrión.

A partir de ese momento, pasado el trago de angustia y urgencia, el Pajarero se convirtió en cómplice perenne de las polvaredas palentinas, en leal devoto de las vírgenes románicas y en fervoroso no creyente de los muchos milagros que habrían de seguirle sucediendo durante el resto de su cíclico pedalear por este mundo.

Al llegar a Valladolid se dirigió al barrio viejo de La Overuela, que para el verano pegajoso de 1930 no era más que una serie de fincas de labranza con vallas altas de adobe, que a fuerza de unirse unas con otras habían empezado a dibujar una calle por la que, sorteando las boñigas, se llegaba al abrevadero. A esas horas el camino era un infierno deslumbrador bajo el sol calcinante al blanco vivo donde, con seguridad, no se encontraría ni un burro despistado. Presionó la suela de la alpargata contra la rueda trasera para frenar la destartada bicicleta y se detuvo frente a una puerta de madera.

Había quedado en verse con don Leónides, que vendría exprofeso desde Madrid, en el almacén donde se guardaban los aperos de la siega, un sitio oculto a la vista de todos, y más a la hora de la siesta. Metió la mano juvenil por un hueco estrecho de las tablas, descorrió el cerrojo chirriante y pasó al otro lado del muro cargando la bicicleta. Se aseguró de poner de nuevo la cancela y cerrar a cal y canto.

Dentro del almacén, respiró hondo por primera vez en las últimas dos horas. Desanudó con cuidado el paquete, retiró el morral que la cubría y colocó la figura sobre una caja grande. La contempló unos minutos. Vista de cerca, la estatui-lla le pareció bastante mal hecha, en una postura retorcida, como si estuviera bailando con el Niño. No esperaba que aquel señor de Madrid fuera a pagarle lo prometido cuando la viera, sobre todo cuando viese la cara alargada y tristona que le habían pintado. Lo más bonito, aparte de la tetita de fuera a la que el Niño tendía su mano, era el vestido rojo brillante, ligeramente gastado en los bordes, con las flores de pan de oro. Estuvo tentado de rasparlo y repintarlo todo de rojo con óxi-do, pero lo pensó mejor, porque igual se daba cuenta y ya no se la quería comprar. Aunque, desde luego, él había cumplido rigurosamente con el trato: Dimas había acordado con el anti-cuario que haría como que iba a confesarse, se escondería en algún recodo de la capilla del convento de Calabazanos y espe-raría a que todos, incluido el sacristán, se hubieran ido. Des-pués, tomaría la estatua de la Virgen y cuidando de que nadie lo viera, saldría con ella por la puerta chica de la sacristía. A cam-bio, recibiría un duro de plata de Amadeo: una fortuna; y el chófer lo llevaría de acá para allá un rato y hasta pudiera que le dejara tocar la bocina para espantar las cabras en la carretera.

La Virgen parecía un poco más vieja que como se veía en la iglesia del Convento de la Consolación y a juzgar por las lá-

grimas de sangre, el trayecto no le había hecho ningún bien. Dio un fuerte soplado y el polvo que la cubría de blanco de Castilla se convirtió en una nubecilla fosforescente al sol filtrado entre las tablas del cobertizo. La conciencia tranquila, pues todo el mundo sabe que llevarse lo ajeno solo es pecado si te pillan.

Esperó entre los trillos, las bregas para el pan, el pildorero y la afiladera, las corzas y los arados apoyados contra la pared; las hoces colgadas en riguroso orden descendente y los bocados de las mulas; sobre un montón de paja desordenada y oculto entre los escriños, nasas y dos grandes tinajas que olían a vinagre y que de algún modo ayudaban a espantar las moscas burreras aturdidas por la canícula.

Cuando empezaba a quedarse dormido oyó los golpes de alguien que intentaba empujar el portón. Recordó que había puesto la cancela y corrió a abrir la puerta. Del otro lado apareció con un gruñido un caballero sudoroso en traje de tres piezas y bajo un sombrero negro de fieltro que, si bien cubría del sol, por igual lo atraía y calentaba la cabeza y los ánimos.

—*Dita sea* —protestó—. Cómo pega el Lorenzo. Espero que el paseíto haya merecido la pena. ¿Me has traído lo que te pedí?

—Ahí lo tengo —contestó el chico asomando la cabeza y mirando a ambos lados de la calle—. Pero pase, pase, no lo vaya a ver alguien y nos llevan presos.

Leónides Sanjurjo cambió el gesto de fastidio a una breve sonrisa por el ingenuo comentario, al sospechar que estaba cerca de una pieza valiosa. Había hecho crecer su vasta colección de arte sacro a base de la ignorancia y la pobreza pueblerinas, y sabía que siempre habría un rapaz resuelto a robar en una iglesia o unas monjas venidas a menos dispuestas a malba-

ratar sus muebles de fina ebanistería a cambio de un par de billetes de baja denominación.

Pariente no muy lejano del jefe supremo de la Guardia Civil, un general que se haría famoso un par de veranos después, el menor de los Sanjurjo y Quesada era, para la época, de los pocos que tenían coche y chófer con los que recorría de cabo a rabo ambas Castillas. De familia adinerada, que en España y América es todavía hoy sinónimo de buena familia, y dado que con un par de malabarismos se libró del convento y la milicia, solo le quedó el papel estelar de tercerón denostado, vividor y calavera del que se hacía cruces la familia entera. Un don Guido machadiano de apellido acuñado por centurias, con la sutileza gentil de una mirada hipnótica y una sonrisa cautivante.

Bueno para nada que no fuera el desparpajo, la dilapidación y los sueños guajiros, creció como hijo pródigo entre las faldas amorosas de las tías, las faldas airosas de las muchachas ligeras y las faldas raídas de una madre dolida y condescendiente con su raudal de simpatía y aventuras de faldas. Escapando de una de ellas, que hubiera terminado en un matrimonio y paternidad indeseados, y que hubiera emparentado a los Sanjurjo con otro apellido de mucha más baja clase, se decidió que el joven Leónides estudiase arquitectura en el King's College de la Universidad de Londres. Poner suficiente tierra de por medio y añadir una generosa compensación a los padres de la ofendida solucionó, a la española y de manera concluyente, el problema de castas.

En el reino de Su Majestad adquirió Leónides no solo otro idioma y vastos conocimientos de arquitectura, arte y filosofía, sino una manera moderna y cosmopolita de ver y entender la vida, muy diferente a la de sus compatriotas en el cambio de siglo. Fue también una época de forja de sólidas amistades,

de acercamiento a nuevas ideas que estaban modelando una naciente nueva Europa, y de trabajo y lucha intensos por encontrar un lugar en el mundo y la razón de estar en él. No había un motivo inminente para regresar a España salvo la natural nostalgia del emigrante, aunque lo fuera de primera clase, y la urgencia de atender los asuntos familiares cuando la gripe de 1918 se llevó inesperadamente a sus padres y hermanos.

Invertida la totalidad de la herencia ancestral en fiestas y en vino y sin vástagos ni sobrinos de los que preocuparse, un tardío pero conveniente matrimonio le había librado por un tiempo de la ruina. Y a partir de ahí se las había arreglado para hacer fortuna propia revendiendo pinturas, tallas y orfebrería religiosa a coleccionistas extranjeros que viajaban a Madrid y pagaban el potosí por un Montañés, un Cano o un Rivera auténticos. Eso sí, se sentía incapaz de desprenderse del San Sebastián de Pedro de Mena, un San Juan Evangelista del Greco y de una serie de pinturas profanas del Mudo que se reservaba como manjar digno solo de su paladar. Por más que los ávidos expertos le ofrecieran, él se daba importancia respondiendo con ensayada prosopopeya: «Esta, señor mío... esta, no está en venta».

Dueño de extensa cultura y maneras finas, visitaba con fingida contrición cada remota iglesita, ermita o convento perdido en los páramos clavando devoto el ojo avizor en las tallas románicas o los retablos flamencos, a sabiendas de que muy poca gente más, aparte de él mismo, el párroco o las viudas cenicientas que canturreaban la letanía, les prestaban jamás atención si no es que fueran las fiestas patronales y la procesión del santo.

Ahora tenía ante sí una delicada pieza de la gubia de Berruete y a un azorado pilluelo ansioso por cobrar lo prometido.

El anticuario examinó la talla con minuciosidad durante varios minutos intercambiando varias veces la mirada entre la escultura y los ojos de Dimas. Finalmente hurgó en el bolsillo del chaleco, extrajo una moneda, la hizo destellar en la punta de los dedos y se la entregó a Dimas. A continuación, le tendió la mano y estrechó con firmeza la de su nuevo marchante.

*

LA CUADRILLA DE ZAGALES SE HABÍA ESCAPADO HASTA LA CHOPERA de la Acequia de Palencia para fumar a escondidas. Era el lugar más seguro para que nadie pudiera divisar el humo. Habían sustraído la cajetilla de Lucky en un descuido de la Asun, que si los pillaba los mataba allí mismo y los echaba al perol del estofado. La abrieron con extremo cuidado de rasgar el papel solo lo necesario, extrajeron el frágil cilindro de picadura y lo olieron con delectación. Lograron encenderlo con cierta dificultad por el cierzo empeñado en apagarles los fósforos y se pasaron el cigarrillo con ceremoniosidad. Los cinco constituían un infantil consejo de ancianos en el que la suma de edades apenas superaba el medio siglo. Dimas estaba mareado y contenía las ganas de vomitar, pero aguantaba el tipo. Tenía que cumplir con otro encargo de Leónides, así que aún con el sabor del tabaco en la boca se montó en la bicicleta y comenzó una larga pedaleada de dos horas hasta Cordovilla la Real. Olía a tierra mojada y en el horizonte se alcanzaba a ver formarse la tormenta. Debía apresurarse.

Aparte de la escuela para niñas, el huerto, la cocina y la oración, las clarisas del Real Monasterio de San Benigno del Real tenían entre sus ocupaciones una tarea singular: vestir a la Virgen. A las monjas se unían algunas solteras de Cordovilla

que, por forzada elección, habían quedado relegadas a ese único oficio. El proceso involucraba despojar con parsimonia a la imagen de varias capas de ropaje superpuestas; lavarlas, plancharlas, perfumarlas con agua de rosas y volverlas a colocar minuciosamente de nuevo. Aunque los compañeros de pandilla de Dimas se entretenían a veces en intentar ver algo bajo las faldas de las mozas, nunca se había puesto a pensar cómo sería la madre de Jesús sin ropa.

Se había escondido tras un pilar de la capilla y esperaba aprovechar un descuido del afanoso trabajo de las monjas y beatas para distraer algún exvoto de oro, un anillo u otra joya cosida al manto. Tenía que ser cauteloso y, como siempre, hacer tiempo hasta que la ocasión se mostrase propicia, sustraer cuanto pudiera y volver a ocultarse para más tarde escapar sin dejar rastro. Dominaba la técnica del acecho, así que se dedicó a observar sin prisa los movimientos de las manos desnudadoras. Fueron así retirando el manto, que plegaron y pusieron aparte con tal cuidado que pareciera que la gruesa tela fuese un barquillo de canela con riesgo de quebrarse. Luego el velo de gasa, la capita de ganchillo, el delantalito, la saya y el corpiño de seda blanca y apliques de oro, las bocamangas de encaje de bolillos, la túnica de lino, la enagua de hilo... todo sobre un miriñaque de menina para darle volumen a los faldones.

Cuando llegó el momento de retirar la última prenda y la peluca de cabello natural donado por las promeseras, se quedó atónito. La escultura solo tenía decorada una careta con el bellissimo y lloroso rostro en sangre de María y una delicada talla con policromía en las manos que acababa abruptamente en las muñecas. El resto, el secreto mejor protegido de los ojos de los fieles, era un cuerpo tosco, articulado, como el de una burda marioneta. Un títere sin cuerdas que recordaba a la fría

maquinaria de un autómeta. Todo aquello que la tela podía cubrir se había dejado al descuido del artesano. El tronco ni siquiera proseguía por debajo de la cintura; estaba montado sobre un taburete de cuatro patas y acoplado a un vasto tornillo como el de las prensas de uva que permitía regular la altura con una manivela. Nada más lejos del cuerpo esbelto, armónico y virginal que se esperaba en la primera dama de los cielos. No es que él hubiese visto mayores desnudeces que la contemplación furtiva de algunas mozas bañándose en el arroyo y las de la sobada postal de una *vedette* que circulaba como un tesoro entre los chicos de la pandilla, pero sabía por sus muchas lecturas que el cuerpo femenino ocultaba grandes placeres y misterios. La fe inculcada durante años hacia dioses, santos y personas se borra a veces de un plumazo por algo tan trivial como el descubrimiento de un engaño pueril. A partir de ese día, lejos del respeto y devoción que le había enseñado su abuela, las imágenes se transformaron para él de inspiración espiritual en solo madera, pintura y piedra, sin otro valor que el que un mercader asigna y por el que otro está dispuesto a pagar un precio.

El desencanto le eximió de cualquier sentimiento de culpa. No es lo mismo birlarle una gema a una muñeca de madera que hurtar un donativo a la enjoyada María Santísima. Así que mientras algunas de las mujeres se alejaban para lavar, plisar y almidonar las prendas interiores dejando en custodia a una de las hermanas más ancianas, la mano de Dimas, armada con una cuchilla de afeitar, se abría paso entre los pliegues del manto capturando algunos sustanciosos trofeos: un par de pendientes de brillantes, una turmalina rosa del tamaño de una almendra y un zafiro azul de Cachemira. Y hubiera continuado el despojo si no es porque las beatas entraron con nuevas gasas, linos e hilaturas para cubrir las vergüenzas mecánicas de tan gran señora.